

Pero hablemos de Julia: el delirio la ha abandonado por completo; pero está muy débil y sería muy peligroso el estimular en ella un trabajo del cerebro, ó una emoción viva del corazón; así es que, dichosa en verla, cuidarla y asegurarme de que vuelve dulcemente á la vida, no había tratado de que me reconociese; pero ayer ella misma me reconoció y me dijo:

—¡Eres tú, mamá! ¡Has sabido que estaba muy mala y has venido!

¡Oh! ¡Como la he abrazado á despecho de las miradas celosas! Julia ha puesto su carita pálida apoyada en mi hombro, y me ha dicho muy bajo y con misterio:

—¡Qué contenta estoy!

Y un instante después añadió:

—¡Es preciso que papá y la otra mamá vengán á abrazarme; yo les veía siempre á mi lado, pero no podía hablarles!

Ya lo veis, querida amiga, su inteligencia renace y recobra la posesión de la vida: mañana comerá ya alguna cosa y esperamos que pasado mañana podrá levantarse durante media hora. ¡Ya veis cómo progresamos! ¡Dios es bueno! lo repito con vos, y á la cabecera del lecho de Julia, estoy haciendo una novena de acción de gracias: es la corona de nuestra novena de súplicas. Ursula, que ha demostrado tanto sentimiento, se une á nuestros ruegos.

Adiós, querida y fiel amiga, continuaré enviándoos cada día un boletín de salud: tened la bondad de remitir el billete de Banco adjunto al señor cura para sus pobres enfermos: yo le encargo con este modesto donativo que ruegue

también por mi Julia cerca del trono del Señor.
Os abrazo, como os amo, con toda mi alma,
y soy vuestra,

CAROLINA DE VILLIERS.

Un recuerdo mío á Cora: estoy segura de que se interesa mucho por nuestra niña: decidle que ésta la llamaba en medio de su delirio.

VI.

Convalecencia.

Después de las graves enfermedades que atacan y debilitan todos los resortes de la vida, la reacción es lenta, y como el niño que prueba á andar, el enfermo prueba á recobrar la posesión de sí mismo.

Julia estaba ayudada en este trabajo por manos muy atentas y muy cariñosas; jamás hubo habitación más linda, más frescamente ventilada, más graciosamente adornada que la suya; jamás mejores alimentos que los que Ursula se tomaba sola el cuidado de preparar; jamás conversaciones más dulces que las que tenían por objeto distraer á la niña salvada; jamás á caricias más tiernas que las

que se le prodigaban, se habían empleado en semejantes casos.

Las diferencias que alejaban á Carolina de la madre de su esposo y que turbaban la tranquilidad de estas tres personas, que unia, sin embargo, un lazo tan poderoso, desaparecían delante de Julia; su inocencia y su debilidad imponían como impone la presencia de los reyes, y todos se hallaban del mismo parecer para decirle palabras afectuosas, para entretenerla con pequeñas noticias que pudiesen distraerla un momento.

Fuera de aquella habitación, que era como un santuario de paz, las tempestades estallaban; mas allí había una corriente de ternura que se llevaba recriminaciones, palabras agrias, más agrias respuestas, observaciones punzantes y orgullosas rebeliones: allí era preciso agrandar á Julia, hacerla sonreír, crearle un instante de alegría... Las disputas no se olvidaban, pero se diferían.

Una mañana, entró Leon en la estancia de la niña, llevando en la mano una jaula de filigrana, que encerraba, acurrucado en un rincón, un hermoso jilguero, con las alas negras y el pecho color de fuego.

—¡Adivina quién te envía esto!—dijo el joven padre dejando la jaula sobre el lecho.

—¡Yo no sé!...—murmuró Julia, alegremente sorprendida,—será Cora quizá... Pero está tan lejos...

—¿Y tu amigo Jorge? ¿le has olvidado ya?

—¿Es Jorge? ¡Oh, qué dicha! ¿y dónde está, dónde?

—En el campo, en casa de nuestro arrendador Anselmo; él es quien ha comprado y educado para tí este pajarito; verás que bien canta.

—Es muy bonito, pero tiene el aire enojado... mirad, mamá, abre el pico y le brillan los ojos... ¡está muy enfadado!

—Ya se calmará; tú le amansarás.

—Pero dí, papá, ¿no vendrá Jorge á verme?

—Sí, hija mía; ¿quisieras tú que Jorge pasara tu grave enfermedad?

—¡Oh, no!

—Ni yo tampoco; porque no le dé á él, le he enviado al campo; pero ya sabes que piensa mucho en tí.

—Yo me arreglaré de modo,—dijo la abuela,—que Jorge pueda decir de lejos algunas palabras á Julia.

—¡Sí, mamá mía!—exclamó la niña:—¡tendría tanto placer en ver á Jorge, aunque sólo fuera por un minuto!

Al día siguiente, cuando Julia estuvo levantada y cómodamente en su sillón, su abuela la dijo con tono misterioso:

—Mira hacia la venta, hija mía.

Los grandes ojos de Julia se fijaron en aquella, en la cual, y por la parte de afuera, estaba apoyada una escala, de la que se veía la parte superior á través de las ramas de pámpanos, enrojecidas ya por el otoño; de repente las ramas se movieron y una cabeza apareció detras de los cristales y en medio de las hojas flotantes.

Era Jorge, y desde que vió á su amiguita le envié algunos besos con la punta de los dedos.

—¡Qué contento estoy de veros!— le gritó con los ojos brillantes de alegría.

Julia no podía levantar su débil voz; pero le hizo mil signos afectuosos, y en su sonrisa y en su mirada la vida renaciente y la amistad fiel se pintaban á la vez.

—¡Qué bueno es Jorge!— dijo cuando aquel hubo desaparecido.— Abuelita, yo quisiera darle algo también... Decidme, ¿pudiera ser esta medallita de oro que me habéis regalado y que tiene la imagen de la Santísima Virgen? ¿Se la puedo dar á Jorge?

—Ciertamente, hija mía.

—Dádsela, pues, decidle que la guarde como yo guardo la mía, la que mamá me puso al cuello cuando yo era pequeña.

Jorge recibió aquel presente fraternal con alegría y prometió no separarse jamás de él. Sus visitas á través de los cristales y de las cortinas de hojas y de pámpanos, se repitieron con frecuencia y cada vez hallaba á Julia más fuerte y más sonrosada: la sangre y la savia volvían y reemplazaban en las mejillas de la niña con la dulce frescura de las rosas color de té, la palidez de la enfermedad.

Los progresos eran cada día más rápidos; en breve pudo pasearse por su cuarto, después por una larga galería de cristales caldeada por el sol del mediodía, y después pudo bajar al jardín; este fue un día de fies-

ta en el cual Jorge tomó su parte con un afecto infantil y fraternal á la vez. Al día siguiente Julia salió con su madre y su abuela y asistió á una misa de acción de gracias que la segunda había mandado celebrar.

¡Triste es decirlo! cada uno de estos acontecimientos domésticos memorables y dulces, había provocado alguna disputa entre Carolina y la madre de su esposo. Se discutía sobre todo y apropósito de todo; la hora de la salida de Julia, el traje que se había de poner, el carruaje que debía conducir, todo daba materia á contradicciones á aquellos espíritus irritados, y Carolina ansiaba con todo su corazón el instante que debía volverla á su casa, á su libre soledad, y á la entera posesión de su hija.

El otoño adelantaba; ya sus nieblas entristecían el crepúsculo del día y de la noche, el sol palidecía, y el suelo del jardín se cubría de hojas secas. Las golondrinas habían partido para climas más suaves, y Julia, como ellas, necesitaba para afirmar su convalecencia un cielo acariciador y un aire puro. León y su madre no veían sin tristeza los preparativos para el viaje de la niña que les era tan querida, y á la cual se habían adherido aún más con el lazo de su peligro y de sus sufrimientos pasados: ambos adivinaban, sin decirlo, el triunfo de Carolina, que iba á poseerla sola durante diez meses y á dirigir á su gusto y sin intervenciones importunas sus afecciones y sus pensamientos.

Muchas ideas, muchos deseos, muchos proyectos flotaban en la cabeza de León, padre tan afectuoso como hijo sumiso; muchas veces tuvo el pensamiento de tender la mano á su mujer y de decirle: ¡Quedaos y vivamos unidos! Mas el recuerdo de su madre le detenía y encadenaba sus palabras; no quería abandonarla y comprendía que la vida á tres era imposible. Carolina adivinó quizá sus combates, más no se lo dejó sospechar, y el temido día de la separación llegó muy pronto.

—Dejadme llorar un poco sin que mamá Carolina me vea,—dijo la niña á Jorge;—acaso creería que me causa pena el irme con ella...

—Mi buena Julia, pena os cuesta cuando lloráis!

—¡Ah, Jorge!... yo me voy muy contenta con mamá, pero el dejar á mi papá y á mi abuelita me causa también mucho pesar... ¡es por cerca de un año!...

—Es muy largo el plazo, en efecto, para todos nosotros.

—Pero Jorge,—dijo la niña confidencialmente, después de haber enjugado sus lágrimas:—¿sucede eso siempre? ¿todas las niñas se van con su mamá, lejos de su papá?... Decídmelo.

—¡Oh! no, ¡mi pobre Julia! los padres viven juntos ordinariamente y educan juntos á sus hijos: pero como los vuestros están separados...

—¿Separados? ¿Y eso es bueno ó malo?

—Malo seguramente: no se entendían bien.

La niña se ruborizó, porque comprendió que estas palabras encerraban un sentido desfavorable para los que ella veneraba. Ya no preguntó nada más, pero tampoco olvidó lo que había oído. Jorge, pesaroso de la impresión que había producido, quiso chancearse; pero Julia no le escuchaba, y después de haber dado la vuelta por última vez á los bosquecillos del jardín despojados, volvió al lado de sus padres.

Solo á ella esperaban: después de largos y tiernos adioses, su padre la levantó en los brazos y la colocó en la silla de posta, con la jaula del jilguero puesta en frente de ella. Carolina abrazó ceremoniosamente á su madre política, besó tiernamente en la frente á Jorge, y recibió con un poco de encogimiento el adiós y los deseos de buen viaje de su marido, que la dió la mano para subir al carruaje.

—No os recomiendo á nuestra niña,—le dijo:—la amáis como yo y eso basta: lo que si os suplico, Carolina, es que la permitáis escribirme con frecuencia, y vos misma me haréis un gran servicio si queréis escribirme una palabra que me diga cómo ha soportado el viaje.

—Lo haré con mucho gusto,—respondió la joven.

Una lágrima asomó á sus ojos; pero para ocultarla, dejó caer sobre su lindo y delicado rostro el velo de encaje de su sombrero y subió al coche seguida de Ursula.

Julia sacó la cabeza por la portezuela para ver el mayor tiempo posible á los que dejaba. El coche partió y madama de Villiers se dejó caer llorando en los brazos de su hijo.

—¡Qué dicha es marcharse y llevarse á la pequeñuela!—exclamó la cocinera,—¡no está uno á su gusto en esta casa!

Estas palabras hicieron temblar á Julia que las oyó.

—¡Ah, mamá!—exclamó,—¿no es verdad que sería mejor no separarse nunca? ¡Los amo tanto; te amo tanto á ti! ¡Ah! ¿Por qué no puedo veros á todos juntos?

Carolina no respondió: enjugó con sus besos el llanto de su hija, y la calmó con sus caricias y sus tiernas palabras.

VII.

Vuelta á casa.

La señorita de la Rochette esperaba á las viajeras con mucha impaciencia, y sus amables atenciones habían llenado todo de vida y de alegría.

Un solo corazón amante suple algunas veces á toda una familia: un solo corazón puede llenar la soledad del Universo; y aun-

que la pobre institutriz no aspiraba á ocupar de ella, á las que tanto amaba, le pareció á Carolina que volvía á hallar en ella más que una parienta, casi á una madre: tanto el semblante serio de la señorita Esther se alegró á su vista, tantas lágrimas hubo en sus ojos y tanta efusión en sus palabras de bienvenida.

Cuando entraron en el salón que animaba un alegre fuego y gran cantidad de margaritas y crisántemos del otoño colocados en las jardineras, mademoiselle de la Rochette abrazó á su gusto á Julia: la contempló largo tiempo y cambió al fin con Carolina una mirada enagenada y gozosa.

—Está ya muy bien y ha crecido mucho, ¿no es verdad?—preguntó madama de Villiers.

—Sin duda... y además yo no sé qué cosa de nuevo hallo en su semblante... tiene más expresión y parece más animado que otras veces.

—¡Ah, mi buena amiga!—dijo la niña abrazándola; es que he estado como muerta durante largo tiempo y ahora deseo vivir...

Julia fue á su vez abrazada con ternura por estas dulces palabras; nada se le pedía en efecto, sino que viviese. Al ver á la niña, aun después de la fatiga del viaje, risueña y con las facciones reposadas, al hallarse en su casa, en la libertad afectuosa de su interior, al lado de Esther, de quien se sentía amada, al ver dando vueltas por la estancia á la negra Cora, que acababa de poner la

mesa y cuyos ojos brillaban de cariño cada vez que se fijaban en su señora, Carolina se creyó en un rinconcito del Paraíso.

—¡Qué dulce es hallarse en su casa!—exclamó respondiendo á su propio pensamiento, y estrechando la mano de mademoiselle de la Rochette,—es preciso haber sufrido en casa de los otros para saberlo apreciar. ¡Qué hermoso me ha parecido Angerès cuando lo he visto desde lejos!

—Angerès, villa pequeña, con grandes campanarios,—dijo la voz gruñona y familiar de Ursula, á la vez que sus anchas manos dejaban sobre la mesa un sabroso pollo asado.—Caen es más hermoso, es una ciudad.

—Pues no os agradaba mucho, mi pobre Ursula,—observó riendo Carolina.

—¡Caramba! La casa de madama de Villiers no es cómoda para mucho tiempo. Vos, señora, no tenéis nunca mala cara, y ella es tan seria... y además, haber visto allí á nuestra niña á las puertas de la muerte, es bien triste...

Ursula se fue continuando sus razones en tono regañón.

—Ved aquí la palabra que puede ser la clave de la situación,—dijo Carolina sonriéndose con tristeza,—un gran pesar complica las dificultades.

—¿No habéis, pues, sentido deseos de la vida de familia?

—De la nuestra, querida amiga, sí, todos los días, á todas horas, y no puedo expresaros lo contenta que estoy de hallarme aquí,

sobre todo comparando... ¡Ah! ¡Qué bueno y tranquilo invierno vamos á pasar con Julia!

Cenaron, y ya á los postres, los ojos de la niña se cerraron de sueño y de cansancio. Cora la llevó á su cuartito y la acostó; poco después entraron á darle el último beso su madre y mademoiselle de la Rochette, y la hallaron profundamente dormida.

Carolina la contempló con ternura durante algunos instantes, y dijo á su amiga:

—Si la hubiérais visto sumergida en el espantoso letargo de la fiebre, comprenderíais mi dicha al verla dormir tranquilamente.

El dulce sol de Anjou completó la curación de Julia, y la madre y la institutriz se apercibieron de que durante su enfermedad la inteligencia de la niña había crecido; aprendía más fácilmente, su memoria parecía más dócil, la luz había brotado en su espíritu, y empezaba á gustar, en su pequeña esfera, esos placeres del pensamiento, á los que sólo igualan en este mundo la dicha de las afecciones y la dulzura de la oración. Aprendía, comparaba, iba de lo acostumbrado á lo desconocido, y buscaba cada día el aumento del tesoro de la víspera; pero la señorita de la Rochette, que deseaba educarla antes que instruirla, impidió que aquel gusto naciente por el estudio se convirtiese en una pasión. Julia estaba en una situación difícil, que un día atraería sobre ella las miradas curiosas, y tal vez severas del público, y la institutriz quería evitar que alguna

cosa singular, algún matiz de carácter demasiado marcado, justificase este rigor desconfiado de que sería objeto aquella niña, colocada entre un padre y una madre separados, y sobre la cual caería la desaprobación que dicha separación provocaba.

Julia estaba destinada á tener penas un día; el estudio no consuela más que á los que pueden dedicar á él su vida entera, y la institutriz quería para ella un consuelo más seguro; un bálsamo que llevamos siempre con nosotros. Así, aunque le hacía recorrer con cuidado los grados de la ciencia femenina, se esforzaba sobre todo en arraigar y hacer crecer la fe cristiana; la preservaba de todo contacto malo, de los libros peligrosos, de la conversación ligera é inclinada á la murmuración, y guardaba con amor y cuidado exquisitos la joven alma, confiada á su cuidado.

Julia aprendía, pues, más y mejor que antes, conservando intactos el candor y la sencillez de sus primeros años.

Carolina, que había sentido vivamente el pesar de no haber visto alrededor suyo en los días malos, ni amigos ni familia, deseaba que su hija cultivase los lazos de parentesco que le unían á algunas familias de Angeres, y algunas niñas de la edad de Julia se reunían con ella las tardes y veladas de los domingos. En estas reuniones infantiles, las charadas, los juegos del ingenio y una agradable colación, hacían el gasto. Julia iba á ver á sus amigas y primas á la ciudad,

y estas le devolvían sus visitas á la casa de campo que habitaba y que siempre estaba risueña y dispuesta á recibirlas.

Las reuniones de las primas eran más mundanas: se tocaba el piano, se bailaba y se cantaba. Las reuniones de Julia, más serias: se trabajaba en ellas para los pobres; todo el honor de esta buena idea era suyo, y la niña se divertía singularmente en preparar, ayudada de mademoiselle de la Rochette, las camisas, los baberos y los juboncitos de los niños de pecho, que ofrecía á la actividad de sus jóvenes amigas.

Julia empleaba en esta piadosa diversión, una vivacidad que probaba á la vez la bondad de su corazón y el ardor de su alma, á la que ninguna distracción satisfacía, si Dios y los pobres no tenían su parte en ella.

Sin embargo, al cabo de algunos meses, este gusto parecía debilitarse. Julia rehusó las invitaciones y no pidió más á su madre que, como otras veces, convidase á sus compañeras. Terminó sola los trabajos empezados en las alegres veladas que pasaba con las otras niñas, y se adhirió con nueva ternura á su madre y á la señorita de la Rochette.

Estas se inquietaron con semejante cambio; la niña constituía su ocupación inocente, y la más ligera diferencia en su actitud, en sus gestos, en su humor, despertaba en ellas una inquietud secreta, como en los marinos que espían todos los aspectos del horizonte, porque una nube blanca puede ocul-

tar la tempestad, y una sombra en el sol puede hacer presentir el naufragio.

Un día mademoiselle Esthèr se paseaba por el campo sola con Julia; ya había llegado la primavera, y la primera verdura, riñente como la infancia, alegraba los ojos; un viento ligero mezclaba en el ambiente los pétalos rosados de los melocotoneros, y las flores blancas y delicadas de los almendros; pero aún no estaba la estación bastante adelantada para Carolina, que buscaba al lado de un gran fuego el recuerdo de los calores tropicales.

Julia corría, volvía, disfrutaba de todo y gozaba en su plenitud de la alegría de aquel hermoso día.

—Bien pronto toda la campiña estará verde y cantarán los pájaros,—dijo la niña á la buena Esther,—ya he visto una golondrina; ya ha vuelto la primavera. ¿A dónde van las golondrinas en el invierno, señorita?

—A los países cálidos.

—¿A la isla de Borbon? ¿Al país de mamá?

—Tal vez; pero no creo que vayan tan lejos; la Grecia ó el Egipto les bastarán.

Julia calló; la institutriz continuó la conversación.

—Estamos en una estación encantadora para las partidas de campo; si queréis, Julia, podremos invitar á nuestras amigas, é iremos á beber leche á la quinta de Arenieres. ¿No habíais hecho este proyecto este invierno, sentada al lado de la chimenea?

—Sí, por cierto,—contestó Julia que se

puso colorada, — pero eso no corre prisa... mejor quiero ir á la quinta, sola con mamá y con vos, señorita...

—¿Pero no amáis ya á Margarita, á Luisa y á Estefanía? ¿Antes deseabais mucho verlas, y recuerdo que en lo más rudo del invierno pedíais que os llevasen á Angeres, para visitarlas y no había semana que no las enviaseis á buscar!..

—Es verdad, señorita, amo lo mismo á Margarita, que es muy dulce y muy buena, y á Luisa que es tan alegre y complaciente y que jamás dice cosa alguna que pueda hacer sufrir á los demás, pero...

—¿Pero á Estefanía no la queréis ya! ¿Qué os ha hecho esa pobre niña?

Julia bajó la cabeza sin contestar, pero de repente dos lágrimas rodaron por sus mejillas seguidas de otras dos; la señorita Esther, toda asustada, se sentó sobre la hierba y tomó á Julia en sus brazos; ésta sollozó durante algunos instantes sin decir nada.

—¡Hablad, hija mía! ¿qué tenéis? ¿por qué lloráis así? ¡hablad, por Dios, hablad! La niña vaciló todavía.

—¿No será ofender á Dios,—preguntó,—el repetir lo que Estefanía me ha dicho para causarme pena?

—No, hija mía, á vuestra madre y á mí lo podéis decir todo.

—¡Pues bien, yo tenía mucha confianza con mis amigas, y una tarde, hallándonos en mi cuarto, les enseñé los regalos que papá y la abuelita me han enviado el día de

año nuevo; una cruz de turquesas, mis libros, la bella caja llena de bombones y el vestido de seda... Ellas admiraron todo esto, comieron bombones y después me preguntó Estefanía:

—¿Vive tu papá en su casa?

—Sin duda.

—¡Y tu mamá aquí! ¡eso es gracioso! ¡es cosa que no se ve nunca entre las gentes distinguidas; es muy feo el tener un padre y una madre separados...

—Margarita la hizo callar, Luisa reía sin saber por qué; pero yo me puse triste, ¡oh! ¡muy triste! y desde entonces me avergüenzo delante de esas amigas y ya no deseo verlas. Eso es todo, señorita.

Esther suspiró; esta primera pena, esta primera humillación, sufrida por el pequeño ser que amaba tanto, resonaba en su corazón, que conocía también los males de la vida. Abrazó á Julia y le dijo:

—Estefanía habló como una aturdida; pero yo espero que no le guardaréis ningún rencor.

—No... creo que no.

—Es preciso, hija mía, que no le tengáis ninguno, y para eso rogad á Dios por ella; es un esfuerzo sobre vos misma, y para vuestra primera comunión, que será muy agradable á Nuestro Señor.

—Lo haré,—respondió Julia con resolución, porque toda alusión á su primera comunión, aunque lejana todavía, era poderosa en su alma;—no obstante, Estefanía me

ha causado mucha pena; ¡amo tanto á papá y á mamá!

—Sí, hija mía, es preciso que los améis á los dos de todo corazón y que los deis con vuestra ternura el respeto que ambos merecen. Más tarde sabréis los motivos de su separación y veréis que si ha sido ocasionada por una desgracia, no hay nada que se parezca á culpa.

—Señorita, desde que Jorge me dijo que era mejor no estar separados, pienso sin cesar en mis queridos padres y desearía con toda mi alma que fuesen como los demás padres y madres... ¡Así podrían vivir juntos, y yo con ellos!

—Mi querida Julia,—repuso la institutriz enternecida,—guardad ese deseo en vuestra alma y no le conféis más que á Dios; él tiene nuestros corazones entre sus manos, y un día quizá escuchará vuestros votos.

—Todos los días rezo para que Dios nos conceda esa dicha,—dijo Julia en confianza,—y el día de mi primera comunión, ¡oh! ¡aquel día suplicaré á Nuestro Señor con toda mi alma que me conceda ese gran favor!

—Sí, hija mía, es preciso rogarle, y no cansarnos nunca; mas es preciso también, por prudencia y por caridad, que no os separéis de vuestras jóvenes amigas. Margarita y Luisa se han mostrado muy amables para vos, y Estefanía, cuando sea más razonable, deplorará la primera su imprudencia.

—Ya no me agrada estar con ellas, por-

que temo sin cesar, que digan ó piensen alguna cosa desagradable para papá ó mamá.

—Hablad de vuestros padres con el mayor respeto y no se atreverán á deciros nada.

—¡Y mi abuela, que es tan buena para mí! ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué es preciso?...

Y la tranquila Julia hirió el suelo con el pie, impaciente, en tanto que algunas lágrimas brillaban aún en sus ojos; mademoiselle de la Rochette la abrazó.

—Hija mía,—le dijo,—llevad con paciencia y en silencio esta cruz y no aflijáis á vuestra buena madre con una tristeza de la que adivinaría muy pronto la causa; pensad en que no tiene más que á vos.

—Tenéis razón,—dijo la niña,—y pues que mamá desea que vea á mis primas, las veré; sólo el buen Dios sabrá mi pena y me consolará, ¿no es verdad, querida señorita?

—Sí, Julia mía, así lo espero y le rogaremos juntas; ahora volvamos á casa.

—Voy á llevar á mamá este ramillete de violetas; algunas veces me ha dicho que no hay de estas flores en la isla de Borbón.

Ambas volvieron á casa; Carolina no vió ninguna tristeza en el rostro sonriente de su hija, mas si Julia tuvo bastante fuerza de voluntad para ocultar su pena á los ojos inquietos de su madre, tuvo también bastante constancia para no olvidar, y la ligereza misma de su edad no pudo borrar de su alma este primer dolor, del que Dios sólo era el consuelo.

VIII.

Cora.

Algún tiempo después de esta conversación, madama de Villiers y mademoiselle Esther, sentadas al lado de una ventana abierta respiraban el aire puro y templado de una bella tarde de primavera; hablaban íntimamente, como se habla cuando hay recuerdos comunes y cuando un mismo interés ocupa dos almas, y en tanto que hablaban, seguían con los ojos á Julia, que se paseaba en el jardín en compañía de la negra.

—Mirad, Carolina, mirad á la niña,—dijo mademoiselle de la Rochette;—cualquiera diría que está contando á Cora el cuento de *La lámpara maravillosa* ó el de *El gato calzado*; ¡mirad qué atentamente la escucha la pobre muchacha!

—Le cuenta cosas mejores; hace tres días me hallaba yo sola con Julia, acababa de tomarle su lección de catecismo, y de repente me dijo:

—Mamá, ¿no podría yo dar lecciones á Cora?

—¿Qué lecciones?—pregunté yo á mi vez